

CONTESTACIÓN DE ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO AL DISCURSO DE INGRESO DE JOSÉ GODOY ALCÁNTARA EN LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

Antonio Cánovas del Castillo's reply to José Godoy Alcántara's income discourse in the Royal Academy of History

Isidoro Otero Cabrera*

Resumen

Analiza este artículo la contestación de Antonio Cánovas del Castillo al discurso de ingreso de José Godoy Alcántara en la Real Academia de la Historia, realizada el 30 de enero de 1870. En las investigaciones sobre este importante estadista, se da a conocer este documento de acogida en dicha institución al archidónés José Godoy Alcántara, en el que aborda sus principales ideas sobre la Historia. Como dato significativo, es la primera vez en el que la mujer es admitida como asistente a un acto público en la Real Academia de la Historia.

Palabras clave: José Godoy Alcántara, Real Academia de la Historia, Antonio Cánovas del Castillo, Teoría de la historia.

Abstract

This article analyzes the reply of Antonio Cánovas del Castillo to José Godoy Alcántara's address to the Royal Academy of History, held on January 30, 1870. In the investigations on this important statesman, this welcome document is released of hosting in that institution to the Archidonian José Godoy Alcántara, in which it approaches its main ideas on History. As a curious fact, it is the first time the woman was admitted as an assistant to a public act in the Royal Academy of History.

Keywords: José Godoy Alcántara, Royal Academy of History, Antonio Cánovas del Castillo, Theory of history.

* Historiador y Académico Correspondiente de la Real Academia de Nobles Artes de Antequera.

Antonio Cánovas del Castillo tuvo muchos amigos archidoneses, de ahí viene su activo papel en el ingreso de los hermanos Miguel y Emilio Lafuente Alcántara y del primo-hermano de estos, José Godoy Alcántara, en la Real Academia de la Historia. En la recepción de éste último y como un síntoma de la progresiva incorporación de la mujer en la vida pública tenemos que constatar que, aunque desde nuestra perspectiva nos parezca muy tardío, es la primera vez que asisten: “señoras que antes no concurrían a ellas”¹.

El padre de Cánovas era maestro y natural de Orihuela, fue director de la escuela de primeras letras del Colegio de San Telmo y luego fundó una escuela primaria en la calle de Salinas que se llamó Purísima Concepción. Su madre fue Juana del Castillo.

Tras el fallecimiento de su padre, un joven Cánovas de quince años, fue maestro de primeras letras en el Colegio de San Telmo². La casa familiar estaba en el número 11 de la calle Nuño Gómez, entre Carretería y El Guadalmedina³.



Calle Nuño Gómez de Málaga.

¹ Boletín de la Real Academia de la Historia, Tomo CLXXVI, Cuaderno 1, Madrid, Enero-abril, 1979, p. 16.

² GONZÁLEZ OSORIO, L.: *Antonio Cánovas del Castillo, periodista*, T I, Tesis doctoral, Universidad de Málaga, Málaga, 2015, p. 126.

³ MATEO AVILÉS, E. de: *Cánovas del Castillo*. Editorial Sarriá. Málaga, 2000.

Como historiador se interesa por el siglo XVII, época de un imperio decadente que fue de oro para la literatura. La crisis de los Austrias, a mi juicio, mal llamados menores, focalizará su interés para dar respuesta al declive que toca fondo con su propio asesinato, en el año de 1898 y que será el inicio de otra, que en su seno clamaba por una necesaria regeneración.

No era un gran orador, pero dominó el arte de la persuasión, tampoco llegó a estructurar una doctrina, “pero habló mucho y escribió mucho”⁴.

En enero de 1870, fecha de este documento, nos encontramos tras la destitución de Isabel II, con la etapa del Gobierno Provisional⁵, que acaba de celebrar unas elecciones a Cortes Constituyentes, por sufragio universal masculino, que ganaron una coalición gubernamental que había firmado el Pacto de Ostende y que estaba formada por progresistas, unionistas y demócratas. Aprobarían la Constitución monárquica de 1869, lo que supuso que el general Serrano ocupase la regencia, mientras Prim como jefe de gobierno se afanase en la no fácil tarea de buscar un rey. Mientras tanto Cánovas estaba gestando un nuevo sistema político tan personal que será conocido por su apellido, consistente en la Restauración borbónica en la figura de Alfonso que se estaba preparando para ello en la academia de Sandhurst.

En Madrid supo colocar a todos sus amigos malagueños⁶. Como probable hipótesis pensamos que Cánovas pudo conocer Archidona, es posible que acudiera al entierro de su amigo Emilio Lafuente Alcántara en 1868, arabista e historiador, miembro también de la Real Academia de la Historia, de hecho, José Godoy fue su sucesor en ella. A este respecto otro colega como Aureliano Fernández Guerra en el verano de 1886 visita Archidona, había dedicado un drama sobre la Peña de los Enamorados y en 1834 un estudio sobre la etimología del nombre Arxiduna, cuando encuentra una lápida sepulcral romana en la cuesta de Alhama cerca de Luque. En ella se lee que el monumento es a la memoria de Fabia, natural de Esstladuna, lo considera el primitivo nombre de Archidona pues hace consonancia con Exauduna, nombre que figura en uno de los códices de Rasis⁷.

Cuando su régimen triunfó, vía pronunciamiento, a su pesar, su figura política va a eclipsar a cualquier otra, durante el último cuarto del siglo XIX. La noción últimamente más admitida sobre la Restauración es la que estima el carácter liberal

⁴ COMELLAS GARCIA-LLERA, J.L.: *El sistema político de Cánovas*, conferencia en el Ateneo de Madrid, 1961, p. 107.

⁵ Vid. BAHAMONDE, ÁNGEL *España en democracia. El Sexenio, 1868-1874*. Madrid: Historia 16-Temas de Hoy, 1996. FONTANA, JOSEP *La época del liberalismo. Vol. 6 de la Historia de España, dirigida por Josep Fontana y Ramón Villares*. Barcelona: Crítica/Marcial Pons., 2007.

⁶ COMELLAS GARCIA-LLERA, J.L.: *El sistema político de Cánovas*, conferencia en el Ateneo de Madrid, 1961, p. 106.

⁷ MIRANDA VALDÉS, Javier: *Aureliano Fernández Guerra (1816-1894). Un romántico, escritor y anticuario*, Madrid: Real Academia de la Historia, 2005, p. 134. Conejo Ramilo, *Historia de Archidona*, Granada, 1973, p. 24. *Crónica del moro Rasis*, ediciones D. Catalán y M.S. de Andrés, 1975.

del régimen y su contribución a la estabilización del liberalismo sin ignorar sus deficiencias⁸. Son muchos los estudios y trabajos que sobre él se han realizado, pero quizás pocos conozcan esta contestación que realizó en la Real Academia de la Historia, en el discurso de ingreso de un colega y amigo suyo, José Godoy Alcántara, y en la que expone sus ideas sobre la Historia. A Cánovas no se le puede enjuiciar de forma simple, es una figura política compleja⁹.

Contestación. Teoría de la historia de Cánovas

Comienza Cánovas del Castillo reconociéndose discípulo de Miguel Lafuente Alcántara, al que además de historiador lo considera como poeta, pintor y filólogo, José Godoy Alcántara sustituye como académico a su primo-hermano.

De José Godoy reconoce como más destacada obra la Historia de los falsos cronicones, que fue premiada por la Real Academia de la Historia:

“El señor Godoy ha limpiado, al fin, la Historia de España de las groseras falsedades con que eruditos sin conciencia la afean, desmintiendo sus falsas nuevas, y condenando a perpetuo olvido sus relaciones inverosímiles”¹⁰.

La veracidad comprobada por la crítica ha de ser condición esencial en los historiadores¹¹.

Define la primitiva concepción de la historia como una relación sencilla de lo visto u oído, para contentar la instintiva curiosidad de los hombres¹².

Hasta el fin de la Edad Media la historia no fue considerada como una ciencia. En cambio si hubo historiadores como Tucídides en la época griega o Tácito, Polibio y César en la Romana que escribieron grandes obras.

Considera que las cualidades del historiador deben ser juicio y elocuencia¹³ y que la historia refleja siempre la concepción del mundo de quienes la escriben.

San Agustín en su *Civitate Dei*, estableció para Cánovas un principio fundamental, “La Providencia de Dios como ley esencial de los hechos”¹⁴.

⁸ GÓMEZ OCHOA, F.: “Antonio Cánovas del Castillo: historiografía de un centenario”, *Ayer* 39, 2000, p. 263.

⁹ TUSSELL, J., PORTERO, F. (Coords.): *Antonio Cánovas y el sistema político de la Restauración*, Madrid, 1998. Este libro es tal vez el más riguroso y diverso, al contar con trabajos de variados especialistas.

¹⁰ Contestación del Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, individuo de número. Discursos leídos en la Academia de la Historia, en la recepción pública de D. José Godoy Alcántara, el día 30 de enero de 1870. Madrid, imprenta y estereotipia de M. Rivadeneyra, calle del Duque de Osuna, número 5, 1870. Biblioteca de la Real Academia de la Historia, p. 53.

¹¹ Contestación... op. cit. p. 53.

¹² Contestación... op. cit. p. 54.

¹³ Contestación... op. cit. p. 56.

¹⁴ Contestación... op. cit. p. 56.

Con el Renacimiento llegaron las traducciones de los clásicos. Cánovas destaca como innovador a Francisco Cervantes de Salazar, que se mostró contrario a la esclavitud, no considerándola como algo propio de la dignidad humana, su obra más importante es la *Crónica de la Nueva España* escrita en el siglo XVI¹⁵.

Luis Cabrera de Córdoba, hagiógrafo de Felipe II, lo considera como ejemplo del mejor historiador de su siglo, Cánovas destaca su sentencia sobre la Historia: “Diónosla Dios y la conserva”¹⁶.

Como José Godoy Alcántara ha analizado los principales hitos historiográficos, él se centra en la historia de su presente, rigor crítico, en el estudio de las relaciones sociales, las fuerzas políticas y las instituciones del Estado. La historia como una ciencia.

“Cómo ha sido la vida en cada siglo o momento sobre la tierra”¹⁷, es una idea muy actual, los modos de vida como un aspecto que rescató la escuela de los Anales, ya la enunció Cánovas. Reproducir fielmente la existencia humana, conducirlos al tiempo pretérito de la historia o como hoy diríamos, que los lectores puedan empatizar con los acontecimientos del pasado.

Constata la creciente necesidad de leer en periódicos, folletos, libros, guías y por ende se forma la opinión pública, “con su voto, con su voz con su pluma”¹⁸, las “clases cultas”¹⁹ la generan y Cánovas ya le atribuye un gran poder, el de “engendrar los acontecimientos” y para ello la única ciencia de la que se puede aprender es de la Historia.

La historia debe ser real y viva, afirma, queriendo defender su objetividad. Defiende la existencia de una nueva ciencia: La Filosofía de la Historia y discrepa del positivismo, considerando que las diferencias individuales siempre existirán aduciendo una explicación divina que así lo dispone. Considera a San Agustín su iniciador y la más completa redacción a J.G. Herder²⁰ y cita también a Schlegel, Bossuet y Vico para defender el principio divino en la Historia, que no es el concepto materialista de la idea de Hegel.

¹⁵ CERVANTES DE SALAZAR, Francisco (1985). *Crónica de la Nueva España*. Biblioteca Porrúa. Juan Miralles Ostos (ed.). México.

¹⁶ Contestación... op. cit. p. 61.

¹⁷ Contestación... op. cit. p. 67.

¹⁸ Contestación... op. cit. p. 71.

¹⁹ Hay que tener en cuenta que la participación política es muy restringida, Cánovas defiende un sistema liberal conservador, donde el sufragio censitario se limita a esas clases cultas a las que se refiere.

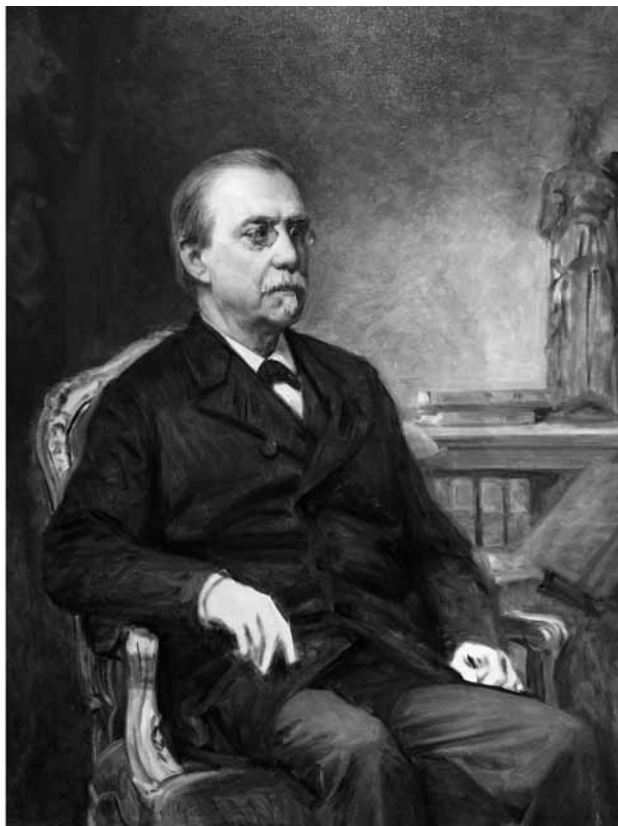
²⁰ Johann Gottfried Herder (Morag, Polonia, 1744 - Weimar, Alemania, 1803). Herder elaboró una filosofía de la historia en *Otra filosofía de la historia de la humanidad* (1774). En ella consideraba que el Renacimiento no habría sido un renacer de la humanidad, tras los siglos de «oscuridad» de la Edad Media; en lugar de ello, Herder reivindica la importancia del Medioevo frente al racionalismo ilustrado. Representa la nueva filosofía de la historia romántica. En *Ideas sobre la filosofía de la historia de la humanidad* (1784-1791), que dejó inacabada, defendió la estrecha relación entre la naturaleza y la evolución cultural de la raza humana.

El fatalismo que conducen algunas teorías entra en contradicción con la libertad del hombre, porque el futuro no está predeterminado. Para Cánovas Dios dirige a la humanidad en la historia, su intervención es fundamental pero no es incompatible con el libre albedrío, con la libertad en la historia.

ANEXO I

CONTESTACIÓN DEL EXCMO. SR. D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO, INDIVIDUO DE NÚMERO.

Discursos leídos en la Academia de la Historia, en la recepción pública de
D. JOSÉ GODOY ALCÁNTARA,
el día 30 de enero de 1870,
Madrid, imprenta y estereotipia de M. Rivadeneyra, calle del Duque de Osuna,
número 5, 1870.
Biblioteca de la Real Academia de la Historia.



*Retrato de Antonio Cánovas del Castillo, 1889, óleo sobre lienzo.
Federico de Madrazo y Küntz (1815-1894). Museo de Málaga.*

Cualquiera de sus individuos de quien hubiese fiado este Cuerpo la contestacion al discurso que acabamos de oir, comenzaria por asociarse al elogio que encierra de nuestro difunto compañero D. Emilio Lafuente y Alcántara. Y lo que fuera para todos obligacion ineludible, ¿cuánto más no ha de serlo para mí, SEÑORES? Para mí, coetáneo y condiscípulo suyo; para mí, su paisano y amigo; para mí, que no olvidado de la satisfaccion purísima con que le recibí aquí en nombre de la Academia, tambien he de dar hoy la bienvenida al que forzosamente le sustituye. Hemos hallado sucesion dignísima, por el saber como por el talento, al malogrado escritor que nos falta; áun poseerémos alguna parte de su nombre, ya aquí dos veces caro, traspasando su medalla en uno de sus deudos; cuanto es posible, en fin, quedará compensada su pérdida. Pero el dolor no ha de acabar por eso; que harto natural es que con él asistamos los hombres al cumplimiento, en las personas amadas, de la ley de la vida, que sólo engendra aquello que ha de consumir ó matar, y mata ó consume al cabo cuanto engendra, en la incesante renovacion de los seres.

Dia fué de esperanza para la Academia aquel en que

abrió sus puertas á D. Emilio Lafuente y Alcántara, y no la desmintió éste en verdad. La muerte es quien á todos nos ha burlado. Aquel escolar modesto, que supo desdeñar desde el principio las efímeras satisfacciones literarias con que un alma nacida al fecundo calor del Sur de Europa copiosamente le brindára; aquel sensible artista, que, mejor que recoger á miles los sencillos cantares del vulgo castellano, ó admirar y describir los templos y castillos de la antigua España, y mejor tambien que trasladar al lienzo los claros paisajes de su suelo nativo, habria acertado á imaginar, cantar, crear de por sí, con sólo soltar la rienda á sus facultades poderosísimas, prefirió á todo siempre los estudios graves. Poeta, pintor, crítico de agudo ingenio, filólogo, erudito, eso y más era, ó podia ser, Lafuente y Alcántara; pero ántes que nada, fué, en suma, rendido amante de la verdad histórica. Y ora inquiriéndola sin tregua, en los ya impresos cronicones cristianos ó en los códices arábigos, generalmente inéditos, ora descifrándola en las inscripciones antiguas, musulmicas ó latinas: ya analizando, ya careando las palabras, los hechos, los monumentos, para poner de manifiesto las cosas arcanas; aplicando, por último, al estudio de los datos, con tal afán adquiridos, la luz clarísima de su razón serena y profunda, sintió transcurrir blandamente los años floridos de su primera juventud, y comenzaba á ver deslizarse los de la segunda, todavía más fértil para el comun de los hombres, no ya sólo satisfecho, sino feliz. Por lo mismo que no habia tan intenso deseo cuanto el de la verdad en su sér, era su elemento la historia, y era como su hogar esta Academia. Buen hijo, buen esposo, buen padre, en la vida privada, fué, en el entretanto, este recinto teatro único de su pública existencia; consagrándonos casi entera la que, más por nuestro mal que el suyo, tejió tan corta el cielo. Otros venimos

DEL Excmo. SR. D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO, 51

aquí, amantes frágiles de la sabiduría, para consolarnos quizá de lo que es con lo que ha sido; otros dedicamos al estudio el tiempo no más que nos dejan ociosos, bien los cuidados particulares, bien las sucesivas peripecias de la fortuna; otros volvemos cada instante, y sin pensar á veces, la cabeza al estrépito confuso de los acontecimientos contemporáneos, distrayéndonos de las tranquilas labores académicas, cuándo la curiosidad, cuándo el interes, ya la esperanza, ya el miedo; otros, por último, solemos rendir el ánimo á las tentaciones engañosas del Capitolio ó del Foro, recogiendo á lo más, satisfacciones fugaces de amor propio, para saborear, en cambio, por largos plazos la hiel que hacen beber en la vida pública los ajenos como los propios desaciertos. Mas para D. Emilio Lafuente y Alcántara todo esto de cierto era sombra, niebla, viento. Fijo en la verdad siempre, en la ciencia, en el estudio abstracto de las acciones humanas, ó en el análisis concreto de las sociedades, de las instituciones, de los individuos que fueron, no desdeñaba lo demas, pero no podia amarlo, ocupada, cual estaba, por mejores pensamientos su cabeza. Todo hubiera podido serlo nuestro inolvidable colega, en la política, en la administracion, en el gran mundo; ninguna cualidad social ó personal, material ó moral, faltábale para ello: vivió modestamente tan sólo porque era modesto; fué no más que archivero-bibliotecario, porque bibliotecas y archivos custodiaban el único alimento que apetecia. No nos acompañó á otros en las sendas escabrosas que hemos seguido, hallándolas á mano cual ninguno, porque léjos de tenernos envidia, nos compadecia, de seguro, entre sus libros. Dichosa medianía, y aún dichosa vida la suya, puesto que fué fecunda. Breve ésta y todo, será larga y muy larga la memoria de su nombre; que, al cabo, él ha tomado mayor parte en la vida universal, de la que han de alcanzar

aquellos de sus amigos á quienes dé Dios colmada, pero mal invertida existencia. Si todos contábamos con más frutos de su ingenio, era porque ofrecia su juventud seguridad aparente de poseerle mucho tiempo; pero con lo que se debe á su aplicacion incansable, bastante hay, de todos modos, para su gloria. Quede, pues, con la satisfaccion íntima, el Sr. Godoy de que, al enumerar los merecimientos de su antecesor y deudo, no ha hecho más que anticiparse á interpretar fielmente los sentimientos de la Academia.

No temo, Señores, que el recordar la falta del que pasó á mejor vida, en lo más mínimo acorte la complacencia con que esta Corporacion ilustre ha de recibir hoy en su seno á quien con títulos tan notorios como el Sr. Godoy y Alcántara se presenta á sus puertas. Tambien es el nuevo académico de los que hacen verdadera profesion del estudio, y cifran todo su anhelo en señalarse en los especiales trabajos de nuestro Instituto. Muchos saben ya que la historia de la antigua y nobilísima orden de San Julian del Pererero (ó Peral), hoy de Alcántara, ha logrado del Sr. Godoy mayor claridad y exactitud que tenía; mas por lo que sin excepcion le conocemos todos, y por lo que en la república literaria figura su nombre con tanta estima, principalmente es por la *Historia de los falsos cronicones*, con razon premiada en esta Academia. Si la grande obra con singular esfuerzo acometida, en el siglo décimoséptimo, por el Marqués de Mondéjar y D. Nicolas Antonio, y tan adelante llevada, en el siguiente, por D. Gregorio Mayans y el P. Enrique Florez, ha alcanzado dichoso término en nuestros dias, débese al laborioso espíritu investigador del nuevo académico, á su crítica sagaz é inflexible, á su estilo, ora conciso, ora disertado, mas con frecuencia armado de irresistible ironía. Pocos libros hay en castellano que, sin dejar de ser graves, eruditos y sinceramente católicos, estén escritos

DEL EXCMO. SR. D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO. 53

con ánimo tan libre y tan valiente pluma. Descargado ya de las prudentes reservas y zozobras que á D. Nicolas Antonio le impuso su siglo; sin miedo á las persecuciones que Mayans experimentó aún por publicar y aumentar los trabajos de Mondéjar, ó los del mismo Antonio; señor de su asunto, y mejor alumbrado que sus antecesores por los resplandores vivísimos de la moderna crítica, el señor Godoy ha limpiado, al fin, la Historia de España de las groseras falsedades con que eruditos sin conciencia la afeáran, desmintiendo sus falsas nuevas, y condenando á perpetuo olvido sus relaciones inverosímiles. No es, en verdad, la presente, con su fácil publicidad, su extensa y vária crítica, y su espíritu, más escéptico de ordinario que no crédulo, la edad propia de los documentos falsos ó de los falsos cronicones; que si álguien acomete aventuras tales, será todo uno aparecer la falsedad y quedar desnuda. Mas la *Historia de los falsos cronicones*, bien que destinada especialmente á remediar pasados daños, no deja de ofrecer enseñanza perenne. Dado que, en cierta medida, «una propia manera de mundo es toda», segun dijo ya nuestro buen Luis Cabrera de Córdoba, y que los vicios peculiares de cada época fácilmente penetran en sus pensamientos ó sus obras, con razon es de temer que otros errores, si distintos de los pasados, no por eso ménos perjudiciales, corrompan la historia ahora, por lo cual conviene aprender á extirparlos. La veracidad, no sólo estricta y completa, sino comprobada por la crítica, ha llegado á ser condicion tan esencial en los historiadores, que no alcanzaria ya crédito el mayor de ellos, si diera bajo su palabra á la estampa noticias capaces de alterar los anales de una nacion, cual infelizmente alteraron los de España, desde Roman de la Higuera hasta D. Josef de Pellicer (aquel mal oráculo de su tiempo y del mismo D. Nicolas Antonio), tantos falsarios

audaces. Mas no puede negarse, en cambio, que iguales ó mayores extravíos suelen nacer hoy de la vária manera de concebir la historia, y de los puntos de vista diferentes adoptados por sus autores. Tal es la razon, sin duda, de que el Sr. Godoy, que acertó á herir de muerte el vicio antiguo de falsificar materialmente los hechos, nos brinde á meditar con nuevo empeño en este dia sobre el verdadero concepto y teoría de la historia, adelantándose á exponer por su parte, en erudito y claro resúmen, cuanto han dicho y entendido en esto los escritores pasados, y en especial los de España, á fin de que nos sirvan de antecedente sus casi olvidadas opiniones. Muy bien puede ser, pues, el discurso que acaba de leerse un nuevo servicio del Sr. Godoy á la Historia de España. A la verdad no pocas de las cuestiones que suscita el tema han sido aquí ya dilucidadas, en ocasion semejante, por otro malogrado compañero nuestro: el modesto, el ilustrado, el juicioso D. José de Zaragoza; y de sus labios oyó la Academia entónces gran parte de lo que pudiera decir yo en este momento. Séame lícito, con todo, ya que es materia de tan vastos confines, penetrar otra vez en sus ámbitos para inquirir y exponer particularmente las cualidades que tiene ó debe tener en nuestro siglo y los escollos que al presente ha de evitar con más esmero el bajel majestuoso de la historia.

Fué ella en el origen, segun dice su nombre helénico, relacion sencilla de lo visto ú oído, para contentar la instintiva curiosidad de los hombres; y eso que habia sido en Grecia ó Roma, fuélo todavía en los brevísimos cricones primitivos de España, y en muchas de las extensas crónicas particulares que hácia el fin de la Edad Media se escribieron ya de nuestros reyes. De aquí nacia el que, segun eran los autores, meros curiosos ó literatos, soldados ó sacerdotes, predominase tal ó cual órden de hechos en las narraciones;

DEL EXCMO. SR. D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO. 55

dando por igual abrigo éstas á lo natural que á lo sobrenatural, y tanto á los triunfos ó derrotas como á los cometas ó eclipses, y á los prodigios ó milagros. Por nadie, hasta entonces, era mirada la historia como ciencia ó arte, que debiera enseñar lo que es y lo que puede, lo que ha logrado ya, y apetece aún la voluntad individual ó colectiva del sér racional y libre sobre la tierra. Si hubo, no obstante, escritores gentílicos que acertáran á componer incomparables libros históricos, debióse á que solian escribirlos bajo la inspiracion espontánea y clara de sus pensamientos habituales, y adocotrados por el ejercicio de sus especiales profesiones. De esta suerte relató Thucídides un largo período de civiles contiendas entre los helenos, con tal verdad, como quien habia puesto mano en ellas, conociendo igualmente el ostracismo que la fortuna; y Tácito describió tan al vivo la Roma de los Césares, cual cumplia al que en sí propio debió de sentir ultrajada la dignidad consular, y en todos sus contemporáneos la de la pátria. No de otro modo Polibio acertó á poner de manifiesto las artes de vencer de los romanos, pues bien claro se trasluce en su obra que fué él tambien con ellos sobre Cartago; y ciego habria de ser, por otra parte, quien no viera en el escritor inteligente y elegante de los *Comentarios*, sin que se lo dijese nadie, al conquistador de las Galias. Otro tanto puede afirmarse de los mejores historiadores clásicos. Alcanzaban á componer libros admirables, pero especiales, incompletos, áun tratándose de lo que habian visto, ó por su profesion conocian exactamente; siendo no más que simples retóricos en otro caso. No supo el politeismo, á pesar de los maravillosos metafísicos que lo ennoblecieron, levantar la historia á la dignidad de ciencia, limitándose á considerarla como una de las bellas artes; y los pueblos paganos se dieron por satisfechos con cultivarla bajo este aspecto único, mutilándola primero para

corromperla al cabo. La blanca piedra penthéllica en manos de Fídias fué hermosísimo espejo de su arte; mas algo se hecha de ménos, con todo, en las reliquias maravillosas del Parthenon, y ese algo es lo más íntimo y divino del hombre. Tal sucede tambien con la historia clásica. Sólo extrañado por la estrecha teoría de su época, pudiera haber resumido Luciano en una de sus obrillas burlescas las cualidades del historiador en estas dos, por igual exigibles á todas las artes: juicio y elocuencia, que viene aquí á ser, habilidad práctica para dar á cada asunto su forma propia. Pero aquel culto ingenio, familiarizado con los grandes maestros de la antigüedad, no era posible que de todo punto errase. Calculando, con exactitud, de dónde procedian las parciales perfecciones de los historiadores griegos y romanos, queria que sólo se atreviesen á imitarlos, refiriendo las cosas pasadas, hombres capaces de tratar las más arduas, de sentir el ardor militar, y hasta conocedores de las dificultades del mar y de la tierra, teatros ordinarios de las luchas humanas. Reglas eran éstas más bien para observadas por instinto de parte de los que tuviesen de antemano cualidades tales, que no para teóricamente aprendidas ó practicadas de propósito por los que hicieran especial profesion de historiadores; con lo cual, lo que aconteció á la larga fué que quedasen los retóricos dueños del campo. En vano formuló San Agustín en la encyclopedia de ciencias morales, que intituló *De Civitate Dei*, un grande y fundamental principio, capaz de abrir por sí solo las puertas de la ciencia al arte histórico, señalando la Providencia de Dios como ley esencial de los hechos, sin perjuicio del libre albedrío, y explicando, por via de ejemplo, con arreglo ya á tal principio, la patente decadencia de Roma. Quedó, en verdad, la semilla en tierra para germinar mucho más tarde; pero, en el entretanto, las voces de los retóricos y sofistas fueron las últimas que reso-

DEL EXCMO. SR. D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO. 57

naron en el mundo antiguo, mientras lentamente iba éste sumergiéndose entre las olas sucesivas de los pueblos bárbaros. Hasta la raza misma de los grandes Doctores y Santos Padres, después de haber desenvuelto los principales dogmas evangélicos, y elevado la gran fábrica de la Iglesia Católica, desapareció por un plazo larguísimo, durante el cual todas las ciencias, como todas las artes, volvieron á su infancia, sin exceptuarse la historia. Nada puede dar idea mejor de lo que ésta era aún para los más doctos del siglo XIII, que hallarla definida en la *Crónica general* por el saber de los hechos, «así bien de los que fizieren mal como de los que fizieren bien, porque los que después viniesen, por los fechos de los buenos pugnasen de fazer bien, é por los de los malos que se castigasen de fazer mal.» Hay aquí, sin duda, una tendencia moral, mejor determinada que en la historia gentilica, y seguramente derivada del espíritu cristiano; pero no se trata sino de un género de historia externa, artística, aunque de arte rudo, como de tal tiempo. Escrita, no obstante, por hombres que, como el Arzobispo D. Rodrigo ó D. Lúcas de Tuy, solian tomar parte en grandes sucesos militares y políticos, habria quizá alcanzado los mismos intuitivos aciertos que en Grecia ó Roma, en la nueva Europa y en España misma, si hubiera seguido su curso normal la civilización de los siglos medios. Mas no habia llegado, con mucho, el arte histórico á aquel grado de parcial florecimiento, cuando, por virtud de nuevos cataclismos, salieron otra vez á flor de agua, y deslumbraron con sus bellezas superiores, á las todavía sencillas naciones cristianas, las correctas reliquias gentilicas. Reanudóse entónces, no sin penosos esfuerzos, la cadena intelectual, por tanto espacio interrumpida, y se reanudó por donde mismo se habia roto naturalmente. Por eso las decadentes artes bizantinas y las ciencias prestadas ó relativamente pálidas de Alejandría fueron las primeras que pene-

traron, lo propio en España que en la Europa entera, desde el siglo décimotercio al décimosexto, influyendo más luego en el llamado *Renacimiento*, ú época de la *Reforma*, que las ciencias y artes de Grecia ó de los buenos dias del Lácio. Y esta fué la causa de que ántes que ninguno de nuestros historiadores políticos soñase en igualar á Tácito, ni á Polibio ninguno de nuestros soldados historiadores, cayese, cual todas, la historia de España en manos de los discípulos de los retóricos, que ridiculizó Luciano, y que acaso la fecundidad del principio de San Agustín habria, por siempre, ahuyentado de este ramo de la sabiduría, á ser posible que tardase algo más en sumergirse el clasicismo náufrago. Pero excesivamente me he extendido ya en este orden de consideraciones. Si merezco perdon de la Academia, es por lo que ellas pueden ayudar á comprender el espíritu que animó á los preceptistas, tan exactamente juzgados por nuestro nuevo compañero.

Porque bien sabido es, Señores, cuán violenta fué un dia la irrupcion general del *Renacimiento* clásico en España, singularmente favorecida por la union casi total de las dos penínsulas mediterráneas bajo un propio cetro, y por el dominio ó por el influjo, por la larga residencia ó por los viajes constantes de los españoles en Flándes, Alemania, Inglaterra y Francia, donde con afán incansable lo propagaban todos los doctos y las universidades todas. No habia terminado el siglo quince, cuando circularon ya aquí, impresos en romance y al alcance del vulgo, los libros de Plutarco y Flavio Josefo, trasladados, aunque no directamente del griego, por el famoso Alonso de Palencia, y los *Comentarios* de César, que tradujo el buen caballero D. Diego Lopez de Toledo. Desde 1522 gozamos tambien impresa una traduccion de Apiano Alejandrino, hecha por el bachiller Juan de Molina en Valencia; y no acabado aún aquel siglo, debimos la vul-

DEL EXCMO. SR. D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO. 59

garizacion de Eutropio á Juan Martin Cordero, á Jorge de Bustamante la de Justino, al canónigo Jaime Bartolomé la de Suetonio, bien que bastantemente expurgado de obscenidades. No hacia más, por último, que comenzar el décimo-séptimo siglo, cuando el ilustre político D. Baltasar Álamos de Barrientos hizo hablar ya á Tácito en castellano. Rápidamente luégo siguieron á éstas, muchas é importantes traducciones, así de los referidos como de otros historiadores clásicos, y con las de las obras históricas alternaron las de los tratados políticos antiguos. Corriendo aún el siglo décimoquinto hizo el bachiller Alfonso de la Torre un *Compendio breve* de los diez libros de la *Ethica* de Aristóteles, donde expuso los principios de gobierno de aquel filósofo; mas en el último tercio del siguiente se adelantó mucho en poco tiempo, imprimiendo en solo un tomo, el secretario Diego de Gracian, tres obras griegas de política: una de Isócrates, con el título *De la gobernacion del Reino*, otra de Agapeto, rotulada *Del oficio y cargo de Rey*, y de Dion la última, bajo el epígrafe *De la institucion del Príncipe*; miéntras que Pedro Simon de Abril se atrevia á dar ya á la estampa una traduccion entera del tratado *De República*, de Aristóteles, con discretos comentarios. Baste lo dicho para patentizar el aprecio en que tenian á los maestros clásicos los españoles cuando comenzaron á meditar y escribir sobre el modo de componer la historia. Enseñáronles prácticamente los que de aquellos eran historiadores el arte de relatar, encadenar y juzgar los sucesos, al paso que los que eran políticos les infundian en el espíritu el ideal de buen gobierno que habia informado las obras históricas de la antigüedad; con lo cual el mundo clásico se reflejó bien pronto por entero en los libros históricos del Renacimiento. Que es indudable, Señores (como habré de decir más latamente luégo), que sin pensarlo, se refleja siempre en la historia el concepto ge-

neral que tienen de la sociedad, y la noción particular que poseen del Estado, los que redactan sus páginas; por lo cual no puede percibirse todo el influjo de la antigüedad clásica en la manera de comprender la historia de los españoles, sin contar lo mismo con el de sus autores políticos que con el de sus historiadores. Nada de lo dicho, por supuesto, demuestra que llegara á faltar la originalidad por completo en el ingenio español, durante el siglo que ha merecido llamarse de oro, en su historia literaria; rindiendo la cerviz siempre al poder avasallador de los clásicos. No por cierto. Sin salir del derecho público, puede con seguridad afirmarse que los teólogos de nuestra grande escuela del siglo décimosexto estudiaron con más profundidad que griegos ni romanos el origen de la sociedad humana, y la naturaleza de los poderes por ella engendrados, desafiando fácilmente cualquier comparacion en la materia los PP. Victoria, Soto y Suarez, hasta con Platon ó Aristóteles. Ni era raro siquiera en nuestros escritores de romance profesar altas y por entónces singularísimas doctrinas. Francisco Cervantes de Salazar, por ejemplo, contradijo la bien conocida teoría de Aristóteles, favorable á la esclavitud, y á la sazón triunfante por toda Europa, en la excelente continuacion que escribió del *Diálogo de la dignidad del hombre*, del maestro Oliva; no vacilando en dar por quebrantada con ella «la ley de la naturaleza, en la cual todos los hombres fueron libres» (1). Mas, ¿qué mucho que no dobláran siempre su razon á los clásicos los independientes súbditos de Carlos V, cuando ni su inclinacion declarada y notoria á la ciencia de la autoridad por excelencia, la teología, les hizo incurrir en errores místicos, hoy mismo frecuentes? Grande ejemplo tambien es de esto últi-

(1) *Obras de Francisco Cervantes Salazar*. Madrid, 1772, pág. 64.

DEL EXCMO. SR. D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO. 61

mo el maestro Alexio Venegas, el cual en su tratado *De las diferencias de libros que hay en el universo*, enseñó textualmente: «Que la razon debe servir con su racionalidad y probabilidad á la fe, y la fe informar de sus misterios á la razon; porque ni la fe va contra razon, ni la razon contradice los misterios que la fe le predica» (1). Pero, á pesar de aquella nativa libertad de ingenio, fácil de confirmar por cien ejemplos (con que palpablemente se demostraria no ser inferior la aptitud en esta nacion meridional que en sus hermanas peninsulares, Grecia é Italia, para las especulaciones científicas), imposible es desconocer que, desde los primeros tiempos del Renacimiento, el influjo de los antiguos fué grande, ni que lo acrecentase sobremanera, hácia la segunda mitad del siglo décimosexto, nuestro estado religioso y político. Fué harto más seguro de allí adelante, que entregarse á las propias especulaciones, ajustar la pluma á los preceptos y ejemplos de los maestros clásicos, con mayor respeto mirados, de una parte, que los escritores nuevos, por la censura inquisitorial; y exentos, de otra, de la negra y fácil sospecha de abrigar intenciones malignas contra las cosas santas. Y con todo, nadie puede disputarle á Luis Cabrera de Córdoba (el honrado historiógrafo de Felipe II) la gloria de haber encontrado el primero una sentencia profunda, que escriben al frente de sus libros, con sentidos diversos, los modernos autores de *Filosofía de la Historia*, formulándola aquél por tal manera, que ya es imposible mejor. «Diónosla Dios y la conserva», dice de la Historia, al resumir el fin de ella, «para que su admirable potencia y perpetuo cuidado de las cosas humanas maravillosamente se declarase» (2). Si el gérmen está en San Agustin, cual queda

(1) Primera parte de las *Diferencias de libros que hay en el universo*, declaradas por el maestro Alexio Venegas. Valladolid, 1583, pág. 261.

(2) Luis Cabrera de Córdoba.—*De Historia, para entenderla y escribirla*, lib. I, discurso 9.º

dicho, fuerza es reconocer, á pesar de eso, que sobre la gloria de haberlo hecho planta y sacado á luz, tiene nuestro compatriota la de haber comprendido mucho ántes que el gran Bossuet su fecundidad interna y las singulares ventajas de su cultivo. Fáltale este, no obstante, en el libro de Cabrera, donde casi sola luce la sentencia, distraído el ánimo de su autor por el pedantismo clásico reinante. Ya en aquellas páginas castellanas, como en las latinas del ilustre filósofo y escritor político Sebastian Fox Morcillo, aparecen clarísimos los síntomas de la decadencia del ingenio español; viéndosele tan propenso á ser, sin necesidad propia, laborioso imitador de lo antiguo, hasta en casos como el citado, donde fácilmente pudiera mostrarse espontáneo y originalísimo. Ni de otra suerte se concebiría, por cierto, que escritores tambien dignos de memoria, cuales fueron el excelente caballero D. Pedro de Navarra, el aragonés Costa, rival no ménos infeliz de Morcillo en el arte de la política que en el de escribir la historia; y el Conde de Gondomar, D. Diego Sarmiento de Acuña, tomáran de la sabiduría greco-romana todos sus sanos preceptos en la materia, poniendo casi siempre de su propia cosecha advertencias triviales ó erróneas. La superioridad que alcanzó sobre los preceptistas del siglo xvii, más notables ya por el lenguaje que no por la doctrina, el P. Fray Jerónimo de San Josef, lo que indica es cuán verdad sea que en el reinado de Cárlos II, por otros conceptos tan lamentable, despuntó otra vez, sin embargo, la libertad del ingenio español, á causa de la flaqueza misma, con que se ejercía á la sazón aquella autoridad régia, mitad seglar, mitad eclesiástica, que fundára por peculiares fines la especialísima Inquisición española. Nuestras obras históricas, en tanto, y principalmente las de sucesos particulares, redactadas á la manera primitiva, por hombres que solian haber visto y ejecutado, ó recogido, cuando ménos, de

DEL Excmo. SR. D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO. 63

primera mano las cosas, valieron más siempre que los preceptistas que les enseñaban á componerlas. Mucho, á no dudarlo, habrían perdido nuestros numerosos historiadores de Flándes ó Indias siguiendo sus lecciones. Pero en este punto sí que no tendría ya disculpa al extenderme. Ni del carácter general de la historia, ni de los preceptistas de ella en España, durante los siglos décimosexto y décimoséptimo, y los que desde entónces acá han seguido las huellas de estos últimos, entre los cuales se cuentan individuos célebres de nuestra Academia, como D. Vicente Gonzalez Arnao ó D. Francisco Martinez de la Rosa, queda por saber nada importante, qido ya el discurso del Sr. Godoy. Al cuadro que nos ha trazado tan maestramente, no le faltan otros que aquellos toques que de intento ha dejado á mi cargo. Procuraré, pues, darlos con franco pincel, para poner breve punto á mi tarea.

Todavía, Señores, podrian deslindar los dos espaciosos campos que principalmente labran los historiógrafos, aquellas dos distintas fórmulas de escribir la historia que establecieron el escéptico Luciano y el místico S. Agustin, al tiempo que la gentilidad agonizaba. Hay, así como entónces, ahora quien inquiera principalmente la verdad externa, transitoria, particular; y son ya muchos más los que pretenden descubrir en la cadena de los acontecimientos íntimas, latentes y superiores leyes. Lo que nadie hoy exige por condicion única, ni siquiera esencial, de la historia, como los retóricos paganos, es la elocuencia. Porque tanto en esta cuanto en otras esferas, si no domina, precede hoy al arte la ciencia; y áun suele voluntariamente el arte mismo sacrificar algo en su forma á la exacta expresion de la idea. Pero, bien sea relatando los hechos desnudos, bien procurando sacar á luz el espíritu interior que los engendra, siempre difiere la de nuestros dias de la antigua historia, en dos fun-

damentales conceptos al ménos; es á saber : por la mayor amplitud y sinceridad de sus propósitos, y por el diverso ideal social que la informa ó inspira. Nadie ignora que la historia de nuestros dias observa mucho más rigor crítico, alcanza á distinguir mucho mayor número de relaciones sociales, describe más grande aparato de fuerzas políticas, y penetra mucho más adentro en las instituciones esenciales ó en el carácter peculiar de las grandes personalidades iniciadoras, que no la de la antigüedad, por externa ó superficial que sea la primera. Tal la moderna pintura, si falta á las veces de la divina inspiracion de la de otros siglos, por lo que toca á la exactitud y variedad de sus accidentes osténtase superior siempre. Y en cuanto al ideal de los antiguos ó de los modernos historiadores, permítaseme confirmar ya aquí una observacion que no hice más que apuntar anteriormente.

No es, Señores, para mí dudoso que en todas épocas ha señalado medida, abierto teatro y prescrito límites á la historia, la idea social que al tiempo de escribirse realizaba el género humano en la vida práctica. Por eso, entre nuestros antepasados de los siglos medios, poseidos de aspiracion constante hácia lo sobrenatural y místico, los combates contra los infieles, enemigos de Dios; las fundaciones de monasterios destinados á purificar por la penitencia y oracion á los pecadores; las invenciones de cuerpos de santos, de reliquias piadosas, de imágenes antiguas, enterradas por los fieles perseguidos; las ejemplares vidas y hechos milagrosos, en fin, de aquellos felicísimos varones que escogiera el Criador para formar eternamente su córte celeste, despues de haber sido dechado en vida de los demas mortales, llenaban casi por entero la historia. Por eso tambien, al restaurarse el principio monárquico, tan absoluto y más patrimonial que nunca lo conociesen los imperios clásicos, en

DEL Excmo. SR. D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO. 65

edad más moderna, pasó á ser la historia una biografía sucesiva de Príncipes y Papas. Y en estos nuestros días de libre exámen y de derechos individuales (más ó ménos relativos, limitables ó legislables), cuando la filosofía arranca toda de la conciencia del hombre, y pintan no más que los humanos afectos, las artes, al paso que las ciencias, en boga, las instituciones, las leyes, poderosamente tienden por donde quiera á abrir paso á la triunfante personalidad humana; natural es, sin duda, que ella en sí sea preferente objeto de la historia. Leed hoy la de cualquier Estado, la de un príncipe ó gobernante cualquiera, y veréis cómo por impulso comun, á las veces quizá inconsciente, no parece que tengan intento mayor sus autores que enseñar, guiar, disponer bien á los individuos humanos para nuevos y superiores destinos en la sociedad y en la vida. ¿Es un bien, es un mal éste por ventura? Mal sería siempre, cual ha sido en ocasiones, que la excesiva contemplacion de la personalidad humana hiciese descuidar el de la natural asociacion de los individuos en la serie de los tiempos; pero este error aparece más grande aún considerando que la historia moderna no es ya sólo arte en ningun caso, sino que en más ó ménos pretende participar siempre del carácter de ciencia, por lo cual no ha de contentarse, como la antigua, con buscar la verdad incompleta, sino aspirar á poseerla entera.

La sociedad antigua, representada por la nacion ó la pátria, ora constituida en limitadas democracias, ó en aristocracias y monarquías absolutistas, prestaba siempre al paganismo un solo primer actor para su historia. La sociedad espiritual, militante, reputando transitorias, subalternas, imperfectas formas á la nacion ó la pátria, fué asimismo el único primer actor de los cronicones de la Edad Media. El Príncipe, ya papa, ya obispo soberano, ya emperador, ya rey, juntamente armado de potestad espiritual

y temporal (bien que poseyendo por desiguales partes una y otra, seculares ó eclesiásticas), resumió luégo en sí propio todo el poder y atributos del Estado, y con tan gran calidad fué paulatinamente echando de la escena á los extraños actores en ella introducidos, durante la confusión de los primeros siglos cristianos, hasta convertir en un monótono y estéril monólogo la historia; monólogo que ha durado hasta la revolucion francesa. Hubo, cuando más, algun escritor, como Bossuet, que en nombre de Dios interrogase á los príncipes, quebrantando aquella unidad de persona, funesta no ménos para la política que para la historia. No es decir esto, en verdad, que durante los tres grandes períodos referidos no tuviese la Humanidad otra vida que la que solian pintar los autores en sus amanerados cuadros. Teníala, como no podia ménos; pero oscura, olvidada, inadvertida para los pueblos mismos, y sobre todo para sus historiógrafos. La pátria, la Iglesia y el príncipe eran astros tan luminosos entónces, que fácilmente eclipsaban los tímidos fulgores de los individuos aislados, sin permitir siquiera que reparase la multitud ó suma de ellos en el género de vínculo con que permanecía unida.

Mas desde fines del siglo último rápidamente comenzó á cambiar todo esto. Surgió entónces la pretension inopinada de que el objeto social, realizable sólo por la armonía de los derechos y deberes de todos y cada uno de los individuos humanos, se fiase á la suma aritmética de las voluntades parciales del mayor número, considerada como voluntad general; y este principio, que informa desde aquella Era la política, tambien ha adquirido vecindad en la historia, yéndose de uno á otro extremo, cual de ordinario. Y en realidad, Señores, si los pueblos no fuesen más que agregaciones arbitrarias ó fortuitas de personas, ¿por qué no habria de limitar su interes la historia al individuo humano? Pero este indi-

DEL EXCMO. SR. D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO. 67

vidualismo, fundado sobre una hipótesis superficial, sería tan nociyo, seguramente, como aquel género de socialismo histórico que limitaba los cuidados del escritor á averiguar y referir la vida del Estado, cifrada en tanto en la de los solitarios personajes que habian resumido totalmente sus atributos. Hoy ya, por poco que el espíritu científico penetre en los libros históricos, dos primeros actores se alzan en la escena: el individuo humano y el Estado. Al lado, pues, del principio social, ya pagano, ya cristiano, ora profano, ora teocrático, y de las instituciones monárquicas ó republicanas, aristocráticas ó democráticas, en que él ha ido encarnándose, paralela unas veces, y otras sucesivamente, preciso es que se mire ya siempre asentada la personalidad humana, para que del diálogo perpétuo de estos indispensables actores, claramente se deduzca en adelante cómo ha sido la vida en cada siglo ó momento sobre la tierra, cuáles condiciones ha alcanzado, qué contrariedades ha vencido, cuántos triunfos ó derrotas hasta aquí ha llorado ó cantado el sér sociable, que Dios hizo á su semejanza, segun los libros santos, y que es para todos, espiritualistas ó materialistas, creyentes ó incrédulos, cabeza y última esencia de la Creacion.

Todavía no me he apartado un paso de los confines de la verdadera y genuina historia; todavía en la que describo cabe mucho de arte, y aún más arte, por ventura, que ciencia; y ya aquí aparece, sin embargo, la moderna historia, no sólo con mayor exactitud y extension que la antigua, no informada únicamente por el ideal político contemporáneo, sino viviendo en esfera más alta; procurando relacionar siempre con lo general lo particular; llena de aspiraciones á lo perenne, á lo universal; tendiendo á producir por su propia virtud, aparte de los esclarecimientos críticos, resultados propiamente científicos. Aunque en la apariencia se escriba la historia aún cual preceptuaba Luciano,

siéntese ya en ella un espíritu superior que la anima; aunque los que la escriben no se hayan fijado todavía en la fórmula fecunda de San Agustín y de Luis Cabrera, lo universal los va conduciendo á todos, como por la mano, hácia lo infinito. Tal es la principal consecuencia que se deriva de las cortas observaciones hasta aquí expuestas; pero aún es preciso mirar mucho más de cerca las ventajas prácticas de la historia en nuestros días. Ya está ella á mil leguas de contentar sólo la curiosidad instintiva de los hombres, ni de ofrecerles, por junto, buenos ejemplos ó escarmientos particulares con las cosas pasadas. Por más que el bien físico y el progreso de la conciencia y del derecho en los individuos sean los inmediatos fines de la sociedad civil; por más que cada hombre merezca tanto respeto moral en sí solo cuanto el conjunto de sus semejantes; por más que en materia de almas no quepa resta ó suma, y pueda haber en todo tiempo tales almas que sean superiores á millares de otras, y hasta á cuantas ocupan un día dado cuerpos mortales; por más que sea esencialmente individual la conciencia, que es lo mejor del hombre y de la Creación, y que la idea se engendre en el entendimiento, que es lo más individual del hombre, lo cierto es que, fuera de su sér mismo, nada tan natural hay para éste cuanto la sociedad; es decir, la pátria, la nación, el Estado, como formas transitorias, y la Humanidad, como forma, si no eterna, por luegos y luengos siglos duradera. Y ¿por qué no ha de ser para el hombre así mirado la historia una verdadera prolongación de su vida individual por las tinieblas de lo pasado, hasta juntar en uno dentro de sí mismo todo lo sentido, pensado y querido en el tiempo? Deleznable y transitorio no más que en su composición física, él vive entre dos inmortalidades por dicha suya: la primera, la de los pensamientos y hechos de las generaciones anteriores; la segunda, la de la esencia

DEL EXCMO. SR. D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO. 69

de su propio sér en otra vida. No tan sólo conveniente, por tanto, sino justo es tambien que goce de la vista total de la Humanidad en el tiempo pasado; que aprenda por la historia lo que ha sido ántes el individuo humano, y lo que á la par con éste era la asociacion civil en que vivia; que por medio de los libros mire en cuerpo y alma resucitadas, ó patentes cuando ménos, como en espejo limpísimo, personas y cosas que sólo terrena y aparentemente perecieron; que vea así ensanchársele la breve edad terrena, sin dolor ni fatiga, reuniendo, por jóven que sea, en una especie de ancianidad serena y poderosa, la experiencia y el saber costosamente acumulados por cuantos han hecho jornadas de vida en la sucesion de los siglos. Basta, para que cada lector pueda lograr esto, que el historiador se consagre á reproducir fielmente la existencia humana; que haga habitar á los hombres actuales entre los que pasaron, y como si tomasen parte en sus congresos ó batallas, en sus glorias ó desengaños, en sus peculiares virtudes ó vicios. Cualquier autor que acierte á conducir sus lectores al tiempo y lugar que se propone, colocándoles allí para observar los hechos, en la misma situacion siquiera que ocupaban, los que en ellos padecieron ó gozaron, tendrá conseguido, sin duda, lo que exigen los más de la historia; y el que á un tiempo se sitúe en el punto de vista externo de los contemporáneos, y en el interno que suelen reservar á la posteridad las memorias y archivos, realizará ya cuanto necesita para adquirir plena experiencia de la vida práctica la totalidad de los hombres.

Pero en realidad lo que más ha de aprovechar ya á éstos, consciente ó inconscientemente, es el espíritu científico, que informa, cual he dicho, toda la historia. Porque no hay que olvidar, Señores, que el individuo humano, por sólo serlo, y sin necesidad de elevarse sobre el nivel general de su tiempo,

en la acción ó la idea, forma ya más ó ménos directamente en todas partes las instituciones, en casi todas contribuye á la redacción de las leyes, y va modificando por donde quiera, cuando no violentamente truncando, las seculares constituciones ú organismos colectivos del Estado. Recordad, á este propósito, que el insigne Bossuet puso al frente de su *Discurso sobre la del Universo* las siguientes palabras: «Aun-» que la historia», decia, «fuera inútil para los demas hom-» bres, sería preciso, con todo eso, que la leyesen los prin-» cipes, porque no hay medio mejor de saber lo que pueden» las pasiones y los intereses, los tiempos y las ocasiones,» los buenos y los malos consejos; y por la misma razon de» que los libros históricos únicamente están tejidos con sus» reales acciones, parecen peculiarmente escritos para ellos.» Si la experiencia les es necesaria para adquirir la pru-» dencia que necesita la gobernacion, claro está que na-» da ha de serles más útil que juntar sus experimentos dia-» rios con los ejemplos de los siglos anteriores; al revés» de lo que comunmente se advierte, que es que, á expensas» de sus súbditos y de su propia gloria, aprenden á enten-» der en los negocios difíciles que les ocurren, cuando con» el auxilio de la historia pudieran haber formado su jui-» cio sin más que estudiar los casos precedentes.» Pues esto, que se escribía en la córte de un príncipe que dijo, y dijo bien, que él era el *Estado*, para que sirviese de leccion á los de su clase, con idéntica razon ha de aplicarse ahora á todos los ciudadanos gobernantes en esta nuestra sociedad, mucho más rica en fuerzas y elementos activos que la de entónces, y mucho más necesitada de ciencia en su direccion, por consiguiente. Y ¡ojalá que los libros de buena historia alcanzasen á satisfacer así, en adelante, la creciente necesidad de leer que todas las clases sociales están experimentando! Que eran propios, ciertamente, los libros de caballe-

DEL EXCMO. SR. D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO. 71

ría, ó los romances nuevos de peregrinos é increíbles sucesos, para alimentar el espíritu de aquellas generaciones descubridoras y conquistadoras que doblaron el Cabo de Hornos ó el de Buena Esperanza, y fundaron naciones europeas en las nuevas y en las viejas Indias, las cuales, por demas confiadas en lo sobrenatural, y sobradamente incrédulas en su propia energía, gustaban de atribuir á otras causas que las que puede la historia inquirir, sus proezas. Compréndese tambien fácilmente que durante la primera mitad de este siglo prosperase mucho en una sociedad tan agitada por las privadas pasiones, que habia desencadenado el individualismo filosófico y político, la novela; género de literatura que pone en escena esas pasiones mismas, y las adula, cuando no las despierta. Con tales escritos, poco usados en la antigüedad, donde no hicieron tanta falta, porque nunca del todo acabó en ella la vida pública, han entretenido largos ocios los muchos millares de individuos indisciplinados é inquietos, que ningun medio tenían de influir, hasta hace poco, en los destinos de su especie. Pero los tiempos se están velozmente trasformando. Gentes de toda edad y sexo esperan ya, por donde quiera, con el periódico, el folleto, el libro, por guía, la resolución de los inmensos problemas contemporáneos, y atentamente siguen el curso impetuoso ó sereno de las corrientes sociales. Quién con su voto, quién con su voz, cuál con su pluma, cuál con una mera suscripción de periódico, nadie hay ya apénas en las clases cultas que no contribuya de algun modo al universal movimiento político, religioso, industrial, científico. No por otro camino se forma actualmente lo que llamamos *opinión pública*, la cual temprano ó tarde engendra los acontecimientos, destruye ó forma los gobiernos, y hasta grandemente ayuda á acrecentar ó desmembrar hoy las naciones. Y la ciencia primera, y acaso la única, donde todos estos innumerables

gobernantes y pensadores pueden aprender algo que los prepare á cumplir con sus presentes destinos, es, á no dudar, la historia. Quien inicie y adocrine, por medio de ella, en los primarios y esenciales problemas sociales á estos atomísticos, pero positivos soberanos del día, no ejecuta, de consiguiente, una obra meritoria sólo en la literatura, sino tambien en la comun y genuina república. Su oficio, en algo semejante al de los poetas primitivos, iniciadores de la civilizacion humana, tanto tiene de sacerdocio como de magisterio. El triunfo, en suma, de la literatura histórica sobre la de las fábulas exentas de sentido real ni moral, que ha estado y aún está algo en moda, será no ménos que un triunfo social y político á la par de científico.

Verdad es que para que sea éste completo han de evitar aún los historiadores no poco frecuentes bajíos, algunos de los cuales aparecen más á flor de agua cada día. Preciso es que no sigan, al coordinar los hechos, los impulsos ciegos de ninguna pasion ú opinion peculiar ó contemporánea, falsificándolos en su significacion, como en su realidad material los falsificáran un día los autores convictos de tal crimen por nuestro nuevo compañero el Sr. Godoy; que esquiven la tentacion de buscar forzadas demostraciones en la historia á tesis prévias, deduciendo ántes bien de los hechos que la crítica ponga en claro sus teorías; que abandonen de una vez, y por entero, el sentido heroico, optimista, propio de un arte, cuando lo era, pero ajeno á todo espíritu científico, con que ha solido hasta aquí escribirse la historia, y que en lugar de buenos ciudadanos, forma idealistas, devorados de insaciable descontento de lo presente, é incapaces de dar con remedios prácticos jamas. Para que estas lecciones de la historia proporcionen todas las ventajas deseadas, lo que hace falta es que sea aquélla real y viva, y hasta anecdótica si se quiere,

DEL EXCMO. SR. D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO. 73

pero tal, que represente ni mejores ni peores que en sí fueron á los hombres y á las instituciones pasadas. Ningun maestro como la historia así realizada puede enseñar á distinguir lo hacedero de lo imposible, y á no esperar ni desesperar con exceso de nadie ni de nada; ninguno demostrará tan á las claras que las personas con sus defectos, y las instituciones con sus irregularidades y vacíos, pueden ser, y con frecuencia son, utilísimos instrumentos sociales; ninguno pondrá tan de relieve que la moderacion, la prudencia, la laboriosidad, la perseverancia constituyen los mejores recursos de cada pueblo, para retener ó acrecentar la herencia de sus antepasados; y que lo mismo en las colectividades que en los individuos, premia Dios tan largamente esta moderacion, esta prudencia, esta laboriosidad, y la perseverancia esta, cuanto inflexiblemente castiga la ligereza, la imprevisión, la flojedad ó la impaciencia. Y no hay duda, Señores, que expuestas sin pasion personal, con buena crítica, con ánimo levantado tales lecciones, serán ya perennemente útiles; porque lo que hay que temer de hoy más, sobre la Tierra, es el imperio de lo superficial, de lo vago, de lo mal definido, de lo intransigente, de lo extremado, de lo irreflexivo, de lo que está en contradicción, en fin, con la experiencia de los siglos pasados, ó es incompatible con la armonía de los hombres: lazos indispensables estos dos últimos de la Sociedad y de la Humanidad, cuyo afianzamiento es acaso el más próximo y directo fin de la historia.

Mas el hombre no es sólo inmortal, por su espíritu y sus hechos en la Humanidad, mientras ella exista, sino que es verdaderamente inmortal por su propia esencia; y aún por eso, no puede ménos de apetecer á las veces mayores conocimientos que los que necesita la vida pasajera y práctica, por extensos que sean. Bien que el moderno individualismo

haya introducido ya su democracia en desusadas esferas, nunca realizará tampoco la igualdad de facultades, de aspiraciones ó de necesidades morales, entre individuos de naturaleza diferente. Y digan lo que quieran de la metafísica, la escuela de Augusto Comte, ó los positivistas contemporáneos por una parte, así como ciertos modernos místicos por otra, la verdad es que las ciencias puramente especulativas responden á lo más esencial y mejor del hombre, y serán siempre asilo y recreo de las almas más visitadas por el luminoso reflejo de Dios. No sólo habrá, pues, siempre quien, aparte de interrogar por medio del sentido comun, su propia conciencia, ó la conciencia individual y general de sus contemporáneos, procure saber tambien, mediante la historia, el estado de conciencia de sus antepasados, en todos los climas y edades, sino que asimismo ha de haber muchos, anhelosos por juntar al conocimiento del individuo y de la sociedad humana en lo pasado, el de las leyes que rigen á la Humanidad constantemente, haciéndola caminar ántes, ahora y despues, hácia un fin oculto. De aquí el que poseamos, no tan sólo una historia en general más científica y filosófica que la de los antiguos, sino tambien una nueva ciencia denominada *Filosofía de la Historia*. Quizá no deba esta última ser contada entre las hojas del árbol histórico, sino entre las del de la filosofía, porque lo que suelen realmente hacer los verdaderos historiadores, es dar materia primera en este caso á otra ciencia más alta, con procedimientos aparte, con pretensiones diversas, que usa ó tiene la simple historia. Tal es la ciencia que inició San Agustín, al dirigirse á sí propio esta pregunta profunda: «¿Es posible», exclamaba en su tratado *De Civitate Dei*, «que aquel Dios uno y omnipotente, creador y autor de todas las almas y los cuerpos todos, que hizo al hombre animal racional, dándole alma y cuerpo juntamente; que no ya sólo al cielo ó la

DEL EXCMO. SR. D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO. 75

» tierra, al ángel ó al hombre, sino al más pequeño ó más
 » vil de los animales, á la pluma del ave, á la florecilla sil-
 » vestre, á la hoja del árbol, dió proporcion entre sus par-
 » tes, para que gozase de paz ó armonía, tan sólo haya de-
 » jado fuera de su Providencia los reinos de los hombres,
 » con sus dominaciones y servidumbres?» (1). Ya lo veis to-
 dos, Señores Académicos: sobre la historia comun y llana,
 señalada anteriormente, levántanse, al oír esta invocacion, y
 á la manera de las montañas sobre los valles, otras formas
 superiores de historia, desde donde va cada vez distin-
 guiéndose más cantidad de relaciones y mayor número de
 leyes abstractas en el género humano, hasta tocar en lo más
 alto con la *Filosofía de la historia*. La mente de todo hombre
 pensador invenciblemente se agita y arde anhelando por
 contestar de algun modo á aquella pregunta. Y si quien
 contesta es por ventura el insigne J. G. Herder (2), á quien
 no sin razon se atribuye la primera redaccion de la *Filosó-
 fía de la Historia*, y acaso la más completa que se haya he-
 cho hasta ahora, dirá sin vacilar que Dios, que, con efecto,
 lo ha dado todo con peso, número y medida; que ha creado
 la esencia de las cosas, su forma y encadenamiento, su ac-
 cion y conservacion, por tal manera, que desde el grande
 edificio del universo hasta el grano de arena, ó desde la ley
 que hace estar donde están mares y soles, hasta la tela de
 araña, todo puede ser regido por una sabiduría, una bon-
 dad y una fuerza solas, no es concebible que haya prescin-
 dido de tanta bondad y saber al construir el organismo ó
 determinar los destinos peculiares de la humana especie. Fi-
 losofar acerca de la historia no era, por tanto, otra cosa
 para Herder, que estudiar los caminos de Dios en la natu-

(1) *De Civitate Dei*, cap. xi.(2) *Philosophie de l'Histoire de l'humanité*, par J. G. Herder, traduction de l'allemand par Emile Tandel. Avant-propos.

raleza, ó bien sea las ideas por el Eterno realizadas en la serie de sus obras. Pues si en vez de Herder, es Federico Schlegel quien responde, al punto proclamará que la incredulidad completa sobre aquello que más singularmente constituye al hombre, desvanece toda idea histórica, y hace en ella imposible la ciencia (1). No es, pues, indispensable acudir á los siglos anti-escépticos para ver reconocida por ley fundamental de la historia, la que formuló Bossuet, diciendo que Dios hace servir los imperios en tiempo y órden determinados, á los designios que tiene sobre su pueblo (2); y admitió Juan Bautista Vico, al escribir que la ciencia de la historia tiene que comenzar forzosamente por el conocimiento de Dios (3). Si Bossuet, siguiendo más de cerca á San Agustin, juzgó directamente sometidos á la Providencia los hechos humanos, miéntras Herder y Montesquieu, y ántes de ellos el famoso político italiano Juan de Botero (4), sentaron la doctrina de que los climas, los terrenos, las condiciones físicas, la naturaleza, en suma, dicta leyes á la historia, hállase, bien mirado, que no era para estos últimos autores la naturaleza misma sino obediente ministro de Dios. Hay aquí, pues, dos aspectos de un mismo principio, no dos principios diversos. Y en cuanto á Federico Schlegel, bien sabido es que igualaba, cuando no excediese, á San Agustin ó á Bossuet, en su estricta aplicacion de la fe á la ciencia histórica, dando á ésta por único objeto el restablecimiento en la conciencia de la Humanidad, de la divina imágen que poseyó en los primeros

(1) *Philosophie de l'Histoire professée en dix-huit leçons publiques à Vienne*, par Frederic Schlegel, ouvrage traduit de l'allemand en français par M. L'abbé Lechat. Tomo primero, leccion primera.

(2) BOSSUET, *Discours sur l'Histoire universelle*, parte III, cap. primero.

(3) GIAN BATTISTA VICO, *Principj di scienza nuova*. Libro primero, *Del método*.

(4) GIOVANNI BUTERO BENESE, *Della Ragion di Stato*, Venetia, 1659.

DEL Excmo. SR. D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO. 77

dias del Génesis, y que por la caída de Adán había perdido, y proponiéndose determinar, mediante ella, los grados diversos de celeste gracia concedidos en cada período de vida universal á los hombres (1). No todos los filósofos, no todos los críticos, no todos los historiadores piensan, á la verdad, de tal suerte en nuestros días; pero, aún aparte de los que confiesan un elemento sobrenatural ó revelado en la vida, hay todavía muchos que, sin ser cristianos, ni deistas siquiera, admiten leyes superiores, y hasta la realidad de un principio divino en la historia, bien que tal significado lo empleen los incrédulos torciendo el recto sentido que desde su origen encierra. Cuando Hegel ó sus discípulos, por ejemplo, definen la historia, diciendo que no es más que la realización de la idea, y por consiguiente del *Sér divino*, nada quieren dar á entender semejante á lo que San Agustín reputaba divino, seguramente. Lo cierto es, no obstante, que lo mismo los panteístas que los que admiten un Dios personal, distinto de su obra, y en sí solo infinito y eterno, suelen estar acordes en dar por base á la ciencia de la historia el más alto de los principios que concibe la razón, y en buscar leyes eternas que satisfactoriamente expliquen el breve paso por la vida del inmortal espíritu del hombre.

La gran cuestión que hoy separa á los panteístas ó simples materialistas, de un lado, y de otro á los cristianos y deistas, es la del fatalismo: cuestión que no puede ya dejar en olvido nadie que trate de historia. El fatalismo, que en tantas notables obras históricas reina, al presente, sólo puede ser debidamente examinado por la *Filosofía de la Historia*; y, sin embargo, tan inmediato y peligroso es su influjo, que conviene hacerle lugar hasta en estas so-

(1) FEDERICO SCHLEGEL, *Philosophie de l'Histoire*. Préface.

meras consideraciones. Vanamente le buscan algunos en la doctrina de Luis Cabrera y los demas pensadores cristianos; porque, segun dijo ya San Agustin, bien puede el Dios del Gólgota prever, y previendo disponer ó adoptar designios sobre los hombres, sin privarlos de su libre albedrío: siendo muy distintas cosas, á no dudarlo, quitar la libertad que saber de antemano el uso que ha de hacer de ella quien la disfrute (1). Algo mejor podria el fatalismo deslizarse en la doctrina de Botero, Herder, Montesquieu, y más modernamente Buchez, segun la cual ejerce la Providencia su influjo en las humanas acciones por medio de la naturaleza, esclava siempre de inevitables leyes. Pero, áun prescindiendo de que hay que forzar la doctrina de tales autores para deducir semejante consecuencia, con más claridad cada dia nos está la experiencia enseñando que es impotente la naturaleza para dominar por sí sola al espíritu. Los obstáculos que aquélla opondrá al hombre sirven no más que para que éste ejercite, desarrolle y agrande constantemente su interna energía; quedando tarde ó temprano humillada y vencida. En todos los climas, por todos los terrenos, con cualesquiera condiciones físicas, demuestra, cuando quiere, el sér humano que Dios le hizo señor de todas las fuerzas ciegas de la Creacion, y que ninguna potencia física ejerce influjo perenne sobre su libre albedrío. Si algo puede, ademas, tener por averiguado la ciencia histórica, es la unidad esencial de dicho espíritu humano, mediante el cual incesantemente descenden las leyes de la Providencia á la historia. Pero la unidad ó identidad del espíritu que vive en los hombres, y la libertad con que en cada uno de por sí reside, son tambien hechos por igual evidentes; y bien lo manifiesta el que ninguna voluntad particular baste en la

(1) *De Civitate Dei*, lib. v, cap. ix.

DEL EXCMO. SR. D. ANTONIO CANOVAS DEL CASTILLO. 79

Tierra para torcer definitivamente la corriente natural de los hechos, porque en realidad los mayores hombres de la historia no han logrado, cuando más, sino apresurarlo ó retardarlo un poco. En el entretanto, si la verdad, la belleza, la conciencia del derecho pueden residir íntegras en tal ó cual individuo intelectualmente privilegiado, la historia, por el contrario, no puede realizarse sin el concurso de todos los individuos altos y bajos, pasados, presentes y venideros; y el secreto de esta suma inmensa, de esta resultante de tantísimas fuerzas desiguales y heterogéneas, tan sólo Dios es capaz de alcanzarlo. Por eso, al paso que cada hombre es responsable de sus propios hechos, como libre que es en su esfera, de los de la Humanidad, de los que surjen del combinado esfuerzo de todos los hombres, ni es ni puede ser responsable la individual conciencia humana. Al juzgarlos hay que remontarse al principio superior que los dirige, el cual para ser justo ha de ser libre, y siéndolo, residir, no en cosa, sino en persona, porque la persona únicamente es capaz de libertad. Reflejo la de los individuos mortales, de la de un supremo Sér inmortal é infinito, ¿qué obstáculo han de oponer ellos, ejercitándola en su esfera limitada, á que declare éste en la historia, como Luis de Cabrera decia, su admirable potencia y perpétuo cuidado de las cosas humanas? Y en tal manera entendido en la historia el principio divino, ¿cómo no ha de ahuyentar el fatalismo, á que inadvertidamente conduce la frase de Herder, de que *Dios está en la naturaleza*, y al cual, tan sin remedio lleva Hegel, sustentando á un tiempo que *Dios está en la historia, y la historia en Dios*? Fáltale á este último sistema, como á todos los de los *panteistas*, concertar y explicar la simultánea existencia del principio superior que llaman *divino*, aunque impersonal, y confundido con el universo, con la de un sér libre y dotado de conciencia propia, como es el hombre.

Miéntras que tal relacion no se establezca, el fatalismo, que es la más comun de las enfermedades, así como el mayor de los peligros de la moderna historia, triunfará donde quiera que á la callada ó al descubierto el panteísmo impere. De eso procede que la cuestion más importante ahora, no ya sólo de la *Filosofía de la Historia*, sino de la historia en general, sea la misma que divide en dos opuestas corrientes toda la filosofía contemporánea; es á saber : la de la unidad ó dualidad de principio y sustancia; la del *panteísmo* ó del *deísmo*, en suma, entendiéndose como las religiones positivas pueden entenderlo este último término. Del partido que aquí se adopte ha de depender ya eternamente la aspiracion moral con que todo libro histórico se escriba. La idea concebida como fuerza por excelencia, como gérmen universal, como principio y fin de todos los seres; absoluta cuanto el triángulo, divina al par de lo verdadero, lo bueno y lo bello, anterior y superior á la creacion de este mundo (que no es sino un accidente tampoco en el sistema hegeliano) (1), inútilmente se pretenderá negarlo, es, y no puede ser otra cosa que el fatalismo en la historia. Y si es claro que todo materialismo suprime, por necesidad, la libertad, y de consuno con ella el ideal, el progreso, la razon, y en resúmen, todas las leyes de la vida moral; si es verdad que el materialismo de una parte, y de otra el liberalismo y la civilizacion moral, son contradictorios; si es á la par cierto que el *positivismo* moderno no es más que un materialismo inconsecuente y un disfrazado ateísmo; si es indudable, en fin, que esta tésis del ateísmo es tan enemiga de la filosofía como de la historia, y se halla en formal oposicion con la ley de continuidad que rige el principio activo de todo or-

(1) A. VERA, *Essais de Philosophie Hégléienne. Introduction à la Philosophie de l'Histoire.*— Paris, 1864.

DEL EXCMO. SR. D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO. 81

ganismo (1), cual ha proclamado el *krausismo* por medio de uno de sus principales doctores, no es para mí de ménos fácil prueba el que iguales consecuencias produce cualquiera doctrina que, recelando hacer á Dios, como de Renan se ha dicho, alguna cosa (2), sustituye con solo un principio, encarnado en los hechos, sea fuerza, sea idea, la libre voluntad divina, en la suprema direccion de las voluntades individuales que pueblan con mortales cortezas el planeta que conocemos y habitamos. Lo que cada dia revela ó declara la historia, para seguir empleando la frase feliz de Cabrera, que parece copiada por el aleman Bunsen en nuestros dias (3), no es sino la existencia de un sumo Sér, perpetuamente cuidadoso de las cosas humanas; Sér no identificable con el espíritu ni con la naturaleza, sino en sí real y absoluto; Sér que al individuo humano lo emplea como palanca en el universo; que en la Humanidad, ó total suma de los seres racionales, va grabando un vivo aunque imperfecto trasunto suyo, para que en él aprenda el hombre algo de su infinita esencia y de sus perfectísimos atributos, y pueda cumplir la innata vocacion que le impulsa á asemejarse á su Criador en pensamientos y obras. Sólo los sensualistas y materialistas más ciegos podrán negar que, cuando no lo fuese en principio, en sus resultados es esta doctrina, de todas suertes, la única que se halle conforme con el sér del hombre, con la idea de la Humanidad y con la marcha general de la historia. Y estos materialistas son, á pesar de todo, bastantemente más lógicos que los panteistas, espantados del fatalismo que los persigue en la historia, como de otras consecuencias forzo-

(1) G. THIBERGHEN, *Introduction à la Philosophie et préparation à la Métaphysique*.—Brusélas, 1868. *La Situation philosophique*.

(2) E. CARO, *L'Idée de Dieu*.—Paris, 1864. *L'École critique*.

(3) *Dieu dans l'Histoire, par C. J. de Bunsen, traduction reduite par A. Dietz*. Paris, 1868.

sas del sistema, y apegados, no obstante, á la fuente de donde brotan, que es su propio y fundamental principio. No falta, en verdad, ya, entre los adeptos de una escuela comunmente reconocida por panteista, quien, para evitar las consecuencias dichas, haga del axioma *todo es Dios*, cosa distinta de la proposicion de que *Dios es todo*, convirtiendo el nombre de *panteismo* en el de *panentheismo* (1). Plausibles son tales y otros ingeniosos esfuerzos de la propia escuela para demostrar en Dios cierta personalidad, aunque indeterminada y sustancialmente una con el universo, capaz, con todo, de propio sentido íntimo y de atributos morales (2). No deja de merecer muy séria atencion, asimismo, el particular empeño de algunos de los maestros de esta doctrina, en no pasar por panteistas, y áun el desden con que tratan á los que declaradamente lo son en ocasiones (3), así como la complacencia mística con que proclaman que Dios es el principio de toda ciencia, confesando que la universalidad y permanencia del principio religioso es ley de la historia (4), ó que la aspiracion indeclinable de la historia universal es «realizar aquí tambien el reino de Dios» (5). Para mí, en tanto, que no he de entrar ahora en tales cuestiones, puramente filosóficas, no ofrece esto más que una consecuencia importante, y es la de que la mancha del *fatalismo*, que desgraciadamente suele afean los libros históricos modernos, no encuentra ya apoyo hoy dia en ninguna escuela verdaderamente científica. ¡Dichoso el tiempo en que desaparezca del todo!

Y con esto, Señores Académicos, doy por terminada mi

(1) THIBERGHEN, *Études sur la religion*.—Brusélas, 1857.

(2) IBIDEM.

(3) IBIDEM, y el folleto intitulado *Carta sobre algunas opiniones expuestas en el Ateneo acerca de la doctrina de Krause*.—Madrid, 1860.

(4) THIBERGHEN, *Études sur la religion*.

(5) SANZ DEL RIO, *Ideal de la humanidad para la vida*.—Madrid, 1860.

DEL EXCMO. SR. D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO. 88

tarea. No callaré, sin embargo, ántes de resumir las afirmaciones más claras y consoladoras que de lo dicho se desprenden, ya que en su curso rápido ha tenido que deslizarse mi Discurso tantas veces por entre dudosas ú oscuras orillas. Dios en persona (ya que carecen las lenguas de voz más exacta con que definir su naturaleza única) preside y dirige patentemente á la Humanidad en la historia. Así las religiones como las lenguas de todos los pueblos proclaman esta verdad altamente. Debajo de la persona de Dios está la persona del hombre, que á la par de aquélla existe como reflejo imperfecto y múltiple de un tipo perfecto y solo; y su mision es ir cobrando conciencia de sí misma, á través del tiempo y del espacio, y descubriendo por medio de la comparacion sucesiva de lo real con lo ideal, ó de la Humanidad con Dios, el progreso por venir, que ninguna razon hay para que deje de realizarse en todos y cada uno á un tiempo (1). Con sólo poseer la certidumbre de que es una la especie humana, de que hay leyes superiores que rigen su actividad y su fin, y de que el curso de la civilizacion es progresivo, basta para que asista ya siempre la ciencia en la historia (2). Pero la esfera en que la ciencia ha de obrar no será completa mientras no abrace á la Humanidad y al hombre, al individuo y al Estado; ni habrá ciencia de la historia donde se niegue la personalidad divina, donde se absorba la religion en la pura especulacion racional, donde se confunda á Dios con el mundo. Mal podria explicar, de otra parte, la historia el progreso humano, que es el fruto continuo de las ideas y de los hechos, si en el paso de lo inconsciente á lo consciente ó

(1) Buchez pretende, en su *Traité de Politique et de Science sociale*, tom. 1.—Paris, 1866, — que aunque el hombre es *perfectible*, sólo la Humanidad es progresiva; pero esto puede bien convertirse en una mera cuestion de palabras.

(2) THIBERGHIEU, *Études sur la religion*.—THEOPHILE FUNK, *Philosophie et Lois de l'Histoire*.—Paris, 1859.

de lo instintivo á lo racional, que es su forma necesaria, no reconociera por primer agente al libre albedrío, ó por su índole individualmente absoluta, impidiera este libre albedrío que rigiesen á la Humanidad universales leyes. La historia no se explica satisfactoriamente sin la intervencion de Dios; y no de un Dios de voluntad ciega, fatal, incompatible con las de los libres seres que le están subordinados y son su hechura, sino de un Dios infinita y absolutamente libre, cuanto es absoluta é infinitamente verdadero y bueno y bello. Permitidme, pues, Señores, que salude tambien á la libertad en la historia; la libertad, sin la cual carecerian ya de real sentido entre los hombres el derecho, la responsabilidad, y aquella eterna justicia, por quien dijo San Agustín estas admirables palabras: *Ubi iustitia non est, non esse rempublicam* (1); la verdadera libertad, que trae origen de Dios, y que en este bajo mundo debe de costar tanto por lo mismo que es la más envidiable de las condiciones del sér, y el más divino de los gérmenes depositados en nuestra conciencia.— HE DICHO.

(1) *De Civitate Dei*, lib. XIX, cap. XXI.